

ACOGER A LA PERSONA EN SU DIGNIDAD DE HIJA DE DIOS

Oriol Xirinachs

Grupos de revisión de vida de ACO

SUMARIO

Una prioridad del movimiento	3
Acoger a la persona en su dignidad de hija de Dios	4
Algunas revisiones de vida:	
Sin medidas de seguridad	11
No dirigir la vida de la gente	12
El miedo a la diferencia	13
El valor de la cultura	14
Una vida dura y jodida	16
El más pelma de los compañeros	18
Luchar contra la subcontratación	20
Educar a los hijos en la acogida: una tarea nada fácil	21
Amor, buen humor, esperanza y ternura	23



UNA PRIORIDAD DEL MOVIMIENTO

El título que encabeza este libro ha sido prioridad de todo el movimiento durante el curso 2001-2002 y ha sido igualmente objeto de una revisión de vida común al conjunto de ACO y que treinta y cuatro grupos nos han enviado, siguiendo la pauta que en su día se había distribuído.

A la vista de la riqueza y la diversidad de esta aportación, hemos pedido a Oriol Xirinachs, consiliario de ACO, una reflexión desde el Evangelio sobre las aportaciones de los grupos, y nos hemos animado a publicarla junto con nueve de las revisiones de vida recibidas, ya que por razones de espacio no podíamos publicarlas todas. Obviamente, hacer la selección no ha resultado nada fácil, y somos conscientes de que hemos dejado fuera material muy interesante. Nuestros “prójimos” son muy diversos: la familia (padres, hermanos, abuelos, hijos), los “diferentes” (la realidad inmigrante irrumpe con fuerza en nuestras vidas de manera muy diversa), los enfermos (crónicos, enfermos mentales, de sida, deprimidos), las personas que sufren la exclusión, las que están solas, las que se enfrentan a la muerte, los compañeros de trabajo, los vecinos, las personas a quién atendemos por nuestro trabajo... Todas ellas personas concretas, con nombre y apellidos, presentes en nuestras vidas, que nos interpelan, que nos llevan a la oración.

Desde aquí queremos agradecer su trabajo a todos los grupos que han tomado parte en esta revisión de vida.

Creemos, eso sí, que el escrito de Oriol sintetiza muy bien la vida, la reflexión, la oración, el sentido del trabajo hecho por el movimiento y que la lectura de este folleto nos ayudará a continuar trabajando para acoger a toda persona, sea quien sea, en nuestra vida y en el movimiento.

El comité permanente.

ACOGER A LA PERSONA EN SU DIGNIDAD DE HIJA DE DIOS

Oriol Xirinachs

Del diccionario a la vida

Acoger: “Recibir a alguien que se presenta, especialmente admitirlo en casa, en nuestra compañía”. Esto es lo que dice el diccionario. Así de simple. Sin embargo, ¿estáis seguros de que en la vida acoger es tan sencillo?

Para **recibir** a alguien es necesario tener el oído atento y el corazón abierto. En casa, con los míos, en plena fiesta, se está muy bien, y es difícil suponer que fuera está Lázaro, muriéndose de hambre, de frío y de soledad. Si, además, este alguien **se presenta** sin haber sido invitado, desconocido, intempestivo... y además no es de los míos ni de aquellos a quien yo invito calculando que me lo devolverán, entonces nadie debe extrañarse de mi salida: “no me molestes, la puerta ya está cerrada» (Lc 11, 17). Y si, para acabarlo de arreglar, este **alguien** es el extraño, el diferente, aquel que tiene rarezas y que a menudo, con sus maneras, se hace impertinente (Lc 11,8), entonces hay que tenerlo muy claro para abrirle la puerta.

Ah!, pero es que acoger no es solo abrirle la puerta para decirle: “iros en paz, abrigaros bien y alimentaros” (Jm 2,16), ni tan sólo darle una manta o un plato caliente. Es **admitirlos en casa**, es apretarse la familia, rehacer los hábitos, las relaciones, repartir lo que hay... buscar sitio para su equipaje -costumbres, cultura, modo de ser...- que pueden ser muy molestos o hasta peligrosos. Bien, es cierto que podríamos habilitar el cuarto de los trastos -o aquel suburbio marginal-.. ¡Pero es que acoger -exigencias del diccionario- significa admitirlo **en nuestra compañía!** ¡Esto ya es demasiado!

De la vida al Evangelio

Decididamente, ¡acoger no es tan sencillo! Y a pesar de ello, en la acogida, como actitud radical de vida, nos lo jugamos todo. Porque aquello que nos hace más grandes, más libres, más dignos, más felices... más personas, no se conquista ni se compra, sino que se acoge: la vida, la amistad, la verdad, el perdón, el consuelo... ¡Dios! ¿Es que se puede decir de alguien que ha llegado a ser plenamente persona, si cuando nace no es deseado y cuando muere nadie le llora?

Y con más razón todavía, ha de ser así, para aquellos que hemos escogido ser discípulos de aquel maestro de humanidad, que nos ha enseñado, con su vida, que lo que nos hace más radicalmente grandes es saber que él nos quiere en casa, incondicionalmente, siempre, libres... porque su Padre no quiere siervos sino hijos. Y que por ello “todo lo que es mío es vuestro”, para que os podáis sentir como en casa, compartiendo y reconciliándoos, si es necesario, y que la vida pueda ser una fiesta para todo el mundo (Lc 15, 11-32).

Y es que él mismo lo vive así. Él es el Dios que encuentra “sus delicias en estar entre los hijos de los hombres”, que quiere plantar su tienda entre nosotros, pero que pide permiso para entrar: “Estoy en la puerta y llamo” (Ap 3, 21). Que pasa por la experiencia del “vino a su casa y los suyos no le acogieron” (Jn 1, 11), y que no entra hasta que una mujer le da su “sí”, y que no se siente plenamente realizado –al menos como Dios entre nosotros– hasta que puede “presentarse en casa de Zaqueo y ser acogido, con gozo, en su compañía”. Cuando acogemos y somos acogidos, sólo entonces se hace realidad que “Hoy ha entrado la salvación en esta casa” (Lc 19, 9).

Y por ello, a aquellos que él ha escogido para ser sus testimonios y constructores de su Reino, les pone como condición, signo y experiencia de que están en el buen camino: “quien acoge a uno de estos niños en mi nombre, me acoge a mí” (Mc 9,37), pero también, que no fuercen ni violenten a nadie, sino que se esfuercen para hacerse acoger: “buscad si hay alguien digno de recibirlos” (Mt 10, 11).

Y del Evangelio a nuestras revisiones de vida

En ACO hemos querido hacer un ejercicio colectivo de mirar cómo vivimos esta actitud de acogida, en un momento en que son muchos y con mucha fuerza los “alguien” que se hacen presentes en nuestra casa. Nos hemos querido ayudar a descubrirlos con nombre y apellidos, cercanos o

no, personas individuales o colectivas, para poder dar una mejor respuesta.

Se hace difícil hacer una síntesis o resumen; remarcar acentos o coincidencias; sacar y proponer conclusiones. Son demasiadas las personas, situaciones, sentimientos, llamadas, resistencias, descubrimientos, luchas, conversiones, lazos...

Después de leerlas y releerlas, de contemplarlas y de pensar en ellas, y sin que esto pueda suplir su lectura, ofrezco el pequeño fruto de todo ello teniendo la definición del diccionario con índice y el Evangelio de Jesús como telón de fondo.

Todo empieza con una mirada

Si un día Jesús podrá decir “Venid a mí los cansados y agobiados...”, excluidos, rechazados, fracasados... es porque tiene una mirada atenta. Mira a Natanael bajo la higuera, su contexto vital (Jn 1,48); mira al joven rico y lo ama (Mc 10, 21); mira en el corazón (Lc 9, 27); ve a las multitudes extenuadas y abandonadas (Mt 9,36). No está nada mal lo que entre todos hemos llegado a ver: padres, hijos, vecinos, compañeros de trabajo, alumnos, inmigrantes, personas atendidas en diversos servicios... Algunos de estos a quienes hasta ahora solamente veíamos, ahora los hemos mirado, en concreto, amándolos, profundizando. Personas cercanas, familiares, amigos, compañeros de trabajo, que por el hecho de ser de casa, creíamos que ya acogíamos y ahora hemos descubierto que ellas se sienten forasteras. Personas a quienes sólo veíamos a través del clisé estereotipado de su grupo, y ahora hemos individualizado. Personas a quienes hasta ahora sólo veíamos con los ojos y ahora hemos mirado con el corazón. Situaciones aisladas que hemos situado en todo un colectivo.

Se trata de la actitud o predisposición para poder recibir a quién se presenta.

Pero hay que oír también su grito

Jesús, ciertamente, miraba y descubría a quienes querían ser recibidos por él, incluso antes de presentarse, pero los que le rodeaban y querían acapararle se esforzaban todavía más por escondérselos. Hacen callar al ciego Bartimeo, pero Bartimeo grita: “¡Ten piedad de mí!”, y Jesús le escucha (Mc 10, 46). Los propios discípulos quieren esconder a la mujer cananea, pero la mujer grita: “¡Señor, ayúdame!” (Mt 15, 25). Le quieren esconder a

los niños, pero ¿quién puede hacer callar a los niños? (Mt 19, 13)

Desde fuera, nuestra sociedad tiene mil y un modos de escondernos y de hacer callar a los que se presentan en nuestra casa: “Se lo han buscado, son raros, insociables, nos quitan el trabajo, no se quieren adaptar...”. Pero también nos los esconden reduciéndolos a informaciones banales, sentimentales o criminalizadas, pero irreales y poco serias.

Pero es que también desde el interior de cada uno de nosotros hay unos mecanismos que pretenden hacernos mirar a otro lado: los miedos, la pereza, las incomprensiones y tensiones que se pueden crear entre los nuestros, el no creer que estemos bastante preparados...

Pero, tozudamente, como la cananea, Bartimeo o los niños, continúan gritando que quieren ser rebicidos. Lo harán a su manera, que nos puede gustar más o menos, pero en cualquier caso, si no nos enteramos, será por nuestra sordera. Y nos hemos ayudado a no permanecer sordos, y cuando ha sido necesario nos hemos ayudado a interpretar algunos gritos menos inteligibles: gritos impertinentes, porque no saben expresarse de otra manera; exigiendo, porque han sido tan apaleados que desconfían del poder del diálogo; a veces sólo susurrando por el miedo a quien los quiere acallar; algunos sólo con el llanto, porque ni fuerza les queda para gritar; puede que con la pataleta infantil, porque ya no saben formular lo que necesitan y piden.

Y si no se nos ha endurecido, lo que hemos visto y oído nos tocará el corazón

El Dios de Moisés, cuando Moisés va a su encuentro para presentarle el sufrimiento de su pueblo, le dice: “He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he **oído** cómo clama por culpa de sus explotadores.” (Ex 3, 7). Y aquello que ha visto y oído le toca el corazón, y actúa. Por ello, a Jesús, aquellos que no quieren que los de “fuera” le puedan tocar el corazón y temen abrir su mundo pequeño y cerrado, se esfuerzan por convertir en teorías y cuestiones los problemas vitales de la gente, que es la mejor manera de evitar que lleguen al corazón, por ello les preocupa saber “quién es mi prójimo” (Lc 10, 29); saber “¿cuántas veces he de perdonar?” (Mt 18, 21); saber “¿quién pecó, él o sus padres?” (Jo 9, 2); saber si “es lícito curar en sábado” (Mt 12, 10). Total, tirar pelotas fuera de juego para proteger el corazón.

A Jesús, el hombre malherido, y la cananea, y la viuda de Naín, y Bartimeo,

y tantos otros, le tocan el corazón: “Se compadeció de él” (Lc 7, 13).

Y desde su ejemplo hemos querido mirar y escuchar a todos aquellos que quieren ser recibidos en nuestra casa, no como casos, problemas o situaciones a resolver (esto ya llegará), sino de modo que nos dejáramos tocar el corazón, no la fibra sensible. Y lo expresamos de muchas maneras: nos preocupa, nos ponemos en su piel, nos angustia, nos cuestiona, nos culpabiliza... Si hemos sido “tocados” es que aquellos que se presentan ya tienen un pie en nuestra casa.

Recibir en casa; no enviar a los servicios sociales

Y porque la gente descubre que Jesús se deja tocar el corazón, a menudo recurren a él, buscando sólo que les resuelva los problemas y necesidades más inmediatas. Lo buscan “porque han comido tanto pan como han querido” (Jn 4,15); para resolver cuestiones de herencias entre hermanos (Lc 12,13) o para que haga de curandero (Mt 17,17).

Y él, que sabe que detrás de todas estas peticiones hay una necesidad más profunda de una vida más humana, de reconocimiento, de dignidad..., se lamenta cuando ve que sólo lo buscan para todo esto, que les será “dado por añadidura” (Mt 6, 33), y porque no saben reconocer en él “el pan de vida, gracias al que quien viene a mi no pasará hambre y quién cree en mí no tendrá nunca sed” porque él “no rechazará a nadie que venga a mí” (Jn 6, 35-37). El sentirse **fuera** es el origen de todos los demás males. Por ello él ha venido a darnos a conocer a su Padre que quiere tanto que los de **dentro** no se sientan criados o huéspedes, sino hijos, como que los que por cualquier razón han ido a parar a **fuera** y se sienten derrotados o excluidos, puedan reencontrar también la misma dignidad de hijos. Y que por ello ha venido a decirnos que “todo lo que es mío es vuestro”, de todos, para que en casa pueda haber “celebración y alegría” (Lc 15, 11-31).

Recibir en casa no es sólo dar, es conseguir que los “nadie” –cananea, ciego de nacimiento, adúltera, Zaqueo, inmigrante, pariente raro o disminuido- puedan sentir la alegría de saber que son **alguien**.

Pero eso no es fácil. Muchas veces, nos gustaría resolver los sufrimientos y los males de los que se nos presentan en casa, dándoles cosas o mandándolos a los servicios sociales. Y algún grupo nos alerta, reconociendo que “podemos caer en realizar un acto de caridad, sin acoger a la persona”. Pero hemos sentido el gozo de ver que si aquel familiar raro busca a aquel militante es porque intuye que le escuchará y le valorará; que aquel excluido

se ha ido haciendo más autónomo; que bajo aquellas formas prepotentes se escondía un complejo de inferioridad; cómo, entre nosotros, aquel “diferente” iba aceptando su diferencia; cómo a aquél que nos pedía sólo una “ayuda”, le hemos ayudado a descubrir un proyecto más grande...

Pero es que... “los de fuera nos van a echar de nuestra propia casa”

Pues es posible. Quizás los que nos vengán de fuera nos echarán. Pero quizás **fuera** encontraremos una vida y unos horizontes que **dentro** no habríamos encontrado nunca. A Jesús, ciertamente, su actitud de acogida le ocasionó que “ya no le quedaba tiempo ni para comer” (Mc 3, 20), ni le quedaba tiempo para estar con la familia, ya que “ni su madre se le podía acercar, de tanta gente” (Lc 8, 19); ni tan sólo podía decir que tenía casa propia, ya que “no tenía donde reclinar la cabeza” (Mt 8, 20). Y, lo que para él debía ser más doloroso, su acogida incondicional indiscriminada le comportaba la incomprensión y las acusaciones de muchos (Lc 15, 2).

Y los militantes lo reconocen y lo experimentan cuando afirman: “Acoger al otro quiere decir estar dispuesto a cambiar cosas”. Y lo vive la familia que acoge al pariente disminuido en casa; o el que siente el rechazo en su grupo de amigos por haber defendido a los inmigrantes; o el que ha de soportar la tensión entre compañeros de trabajo o de escuela; o el que ha de aceptar un esfuerzo físico o psíquico añadido a su tarea cotidiana, o perder libertad o consideración, o poner en peligro aspectos de su vida de pareja...

Sí, acoger puede comportar que nos echen fuera. Pero hemos aprendido que dejar entrar a Jesús en nuestra vida nos ha dado la libertad de poder “entrar y salir y encontrar pastos” (Jn 10, 9).

Recibir en nuestra compañía es recibir en casa

Si acogemos de corazón, si dejamos entrar en casa, ciertamente encontraremos dificultades y renunciaciones. Pero encontraremos también la gran riqueza que nos aportan aquellos a quién acogemos. Estos son los pastos.

Jesús se alegra y da gracias al Padre por todo aquello que él ha descubierto y ha recibido de los pobres y sencillos que ha acogido: “Te doy gracias, Padre... porque has revelado estas cosas a la gente sencilla” (Mt 11,25). Jesús da por bueno haberlo perdido todo para poder decir: “Ya no os llamo siervos... a vosotros os llamo amigos” (Jn 15, 15). Él se alegra cuando consigue poder compartir con la samaritana su proyecto y ella lo

propaga (Jn 4, 42). Él esto lo entiende y vive tan profundamente, que cuando acoge a Zaqueo no se sabe si es él quién acoge a Zaqueo, o es Zaqueo quién acoge a Jesús.

Alguien lo formula también, diciendo: “No somos nosotros quién acogemos al otro, sino que la acogida es mutua”; o bien “Recibimos más de lo que damos”. Seguro que en nuestras revisiones de vida esta afirmación también debe de estar presente en experiencias concretas, pero quizás más como propósitos, pistas para nuestro compromiso, telón de fondo, como pequeños signos...

Sabemos que la comunión a que aspiramos sólo puede ser realidad cuando es el fruto de la acogida de todos y cada uno de los que se presentaron en nuestra casa, en el barrio, en el trabajo, en el movimiento, en la comunidad... O, si no, haremos corporativismo, o colegas, o secta. Y por ello hay llamadas a ir más allá de la justicia y del legalismo, a superar el paternalismo que no nos hace iguales, a pasar de la tolerancia al diálogo, a descubrir a la persona y no quedarnos en sus funciones... ¡Y tantas y tantas más!

Y el camino sigue

Viendo la riqueza de este trabajo hecho por el movimiento, pienso que podemos ser optimistas, pero no darnos por satisfechos. Y pienso también que este camino sólo puede avanzar cuando nace de la experiencia personal de haber sido acogidos, o, si no es así, correremos el peligro de caer en el voluntarismo o en el legalismo. El Evangelio es experiencia de salvación o no es nada. Dios lleva siempre la iniciativa: “Amaos como yo os he amado”, “Perdonad como yo os he perdonado”, “Sed perfectos, como el Padre es perfecto”... “Acoged como el Padre os ha acogido”, al hijo mayor y al pequeño de la parábola, a Zaqueo, a la samaritana, a los niños, al ciego Bartimeo... a mí.

Pero también deberíamos avanzar por el camino de sabernos hacer “acogibles” por parte de aquellos a quienes queremos acoger: inmigrantes, excluidos, familiares con problemas, mundo obrero... Sólo este esfuerzo nos puede liberar de los paternalismos, las prepotencias, los burocratismos...

“Mira, estoy en la puerta y llamo” (Ap 3, 21).

ALGUNAS REVISIONES DE VIDA

Sin medidas de seguridad

Breve descripción del hecho

Un trabajador inmigrante de la construcción está realizando un trabajo muy peligroso en una obra de reparación de una fachada, sin medidas de seguridad. La gente le observa y hace diferentes interpretaciones.

Valores y contravalores

La mayoría de gente pasaba del hecho. Otros temían por las complicaciones que un accidente tuviera para su escalera. A algunos, les daba pena que esta persona estuviera trabajando en estas condiciones, pero no se implicaban más.

Los compañeros se habían negado a hacer este trabajo.

Alguien habla con él y le pregunta por qué realiza este trabajo, y no hace como sus compañeros que se niegan a hacerlo. Él contesta que no puede negarse porque ello sería causa de despido.

Cuestiones del actuar

La mayoría vemos claro que pasan un montón de injusticias a nuestro lado, en las cuales las personas no son y no somos tratadas con la dignidad de hijos de Dios. Si nos encontramos implicados somos capaces de reaccionar, pero cuando quedan lejos de nuestras posibilidades, no sabemos cómo intervenir.

Esto nos hace dar cuenta de que es necesario vivir el compromiso organizadamente y en sitios donde la solidaridad no sea solamente una palabra, sino el lugar para actuar en el momento y con la reflexión y fuerza de un colectivo, que ayude a perder el miedo a reivindicar los derechos como personas y como hijos de Dios.

No digirir la vida de los demás

Lurdes nos explicó su relación con una madre y una hija pequeña con una enfermedad congénita que cada año han de venir a Barcelona para operar a la niña. Vienen desde su país ayudadas por una ONG que está en contacto con Lurdes y le piden que haga el acompañamiento de la madre mientras dure la estancia en Barcelona. La madre alucina cuando ve las diferencias culturales y el individualismo. Necesita apoyo. Desde la ONG en República Dominicana no tienen del todo claro todo lo que se hace aquí y piensan que quizás la madre aproveche la circunstancia de su hija para quedarse aquí, piensan que se está aprovechando de la ONG.

En este hecho destaca la solidaridad entre toda la gente que interviene: cómo se quiere ayudar a la persona necesitada, cómo se dedican esfuerzos importantes a salvar la vida de una niña que en su país moriría. Pero al mismo tiempo se desconfía de la madre, por el hecho de buscar una vida mejor para su hija, porque sabe que en su tierra no tiene futuro. La madre hace ver a Lurdes que, a pesar de las carencias de su país, allí la gente es más confiada, que todo se vive más de puertas hacia fuera y que no hay tanta privacidad personal. El tejido social tiene un cariz muy distinto a cómo se entiende aquí. No es necesario que nos extendamos sobre las diferencias, todos los que estáis leyendo tenéis un montón de referencias.

Desde aquí pensamos que debemos ayudar al inmigrante, al o a la que viene de otro lugar del mundo por necesidad económica, enfermedad, situación política... y no pensamos conscientemente en su bagaje personal y en cómo nuestra buena voluntad puede llegar a dirigir la vida de esta gente. Hay que encontrar el equilibrio entre el querer ayudar y el paternalismo. Hay que ver al inmigrante, sea cual sea la circunstancia que lo ha traído aquí, como un hermano por encima de todo y por extensión hay que ver a todo el mundo, familia, vecinos, alumnos, compañeros de trabajo, amigos, enemigos (si se puede decir así) como tales y saber aceptarlos y acogerlos.

Escogimos como evangelio Mateo 25, 31-36 (el juicio final), porque, tal como dice el texto, Él es para todas las naciones, no hace ninguna distinción, tan sólo aparta a aquellos que no se compadecieron de los demás, que no compartieron ni se dejaron tocar por las necesidades de los que sufren carencias de todo tipo, en resumen, los que no se quisieron “mojar”, los que se excusaron de no “ver” o de no “saber qué pasa”.

Es como cuando hacemos las cosas para quedar bien, de cara a la galería y para ganar el cielo como se decía antes, como cuando se ayudaba a los

pobres por beneficencia, no por justicia, por amor a Dios y no por amor al desvalido, al “desgraciado de turno”, al prójimo, al hermano.

Para que estas acciones tengan sentido, han de ser desde la igualdad, el respeto a las diferencias y formas de hacer y de entender; y sin miedo a perder o a dejar de ganar nada, solamente queriendo el bien y el amor para todos y luchando por una sociedad justa y acogedora.

Grupo Santa Eulàlia-Bellvitge

El miedo a la diferencia

Escogimos el hecho de una madre que en la entrevista con las maestras de su hija, explicaba cómo la niña se quejaba a menudo de algunos niños de la clase que la pegaban o la molestaban. Citaba a los niños inmigrantes que hay en clase y a una niña de etnia gitana. Las maestras se sorprendieron mucho y le explicaron que precisamente los niños que citaba no daban ningún problema de comportamiento en clase, que a su hija no solía pegarle nadie y que justamente uno de los niños citados era quién más la consolaba cuando lloraba por algo. La madre se disculpó diciendo que quizás era alguna mentira de la niña, que últimamente inventaba algunas cosas.

Las maestras, sin embargo, sospecharon que se podía tratar de celos por parte de la familia respecto a los niños inmigrantes y decidieron que aquella niña necesitaba tratarlos más de cerca para contrarrestar estos sentimientos y así decidieron que cada vez que cambiaran a los niños de mesa, la harían sentarse al lado de uno de estos niños.

Valores y contravalores que vemos en nuestras actitudes

- La ignorancia o la suficiencia crean reacciones contrarias a los inmigrantes o a los que vemos como diferentes.
- Cuando los problemas se presentan en el trabajo (hacen más horas, trabajan como “esclavos”, no pagan impuestos porque reciben ayudas o porque están en la economía sumergida), el resto de trabajadores no damos la culpa al sistema o al egoísmo de quienes los explotan, sino a ellos.
- Nos asusta el cambio cultural hacia los modelos de los países pobres. En cambio, los modelos culturales de los países ricos que nos invaden constantemente no nos molestan: si vienen muchos niños musulmanes a la escuela, quizás pensaremos que se dejará de celebrar la Navidad o que cambiaran nuestras costumbres culturales, pero no nos preocupa que los jóvenes vayan a las discotecas disfrazados para celebrar el Halloween.
- Nos da miedo que nos anulen, sentirnos fuera de lugar. También teme-

mos perder la tranquilidad por todo lo que corre: droga, delincuencia...
- Todos tenemos prejuicios culturales que solamente podrán superarse conviviendo de manera pacífica y para ello habrá que solucionar los problemas entre todos. Hicimos especial mención del tema de la relación entre payos y gitanos, difícil, a pesar del tiempo que llevamos juntos.

Para ayudar al juzgar, escogimos el texto del hijo pródigo (Lc 15, 11-31) y nos fijamos sobre todo en la actitud de acogida del padre, acogida de amor, que no significa no ver los problemas que surjan sino tener una actitud de ayuda y de acompañamiento. El padre acoge no sólo al que vuelve, sino también al que quiere quedarse fuera de la fiesta.

Igual que son frecuentes las disputas entre hermanos por la herencia, todos estamos demasiado pendientes del dinero, recibimos a los de fuera según lo que tienen y no lo que son; no nos queremos dar cuenta del hecho de que “el pastel” se ha de repartir mejor; todos deberíamos tener lo imprescindible para vivir, pero los que tenemos de más, nos acomodamos y creemos que nos lo hemos ganado y que nos lo merecemos.

Finalmente, comentamos que el modelo europeo de seguridad social, por ejemplo, responde a unos criterios de solidaridad que son puntos de referencia para otros países, aunque sean más ricos. También cuesta menos identificarse con los más pobres en países como Chile, donde la barrera con la pobreza es muy fina: si te quedas sin trabajo no tienes nada, eres pobre.

Actuar

- Informarnos mejor de cuál es la situación de los inmigrantes y de cómo está la Ley de Extranjería para poder ayudarles a arreglar los papeles.
- Dar a conocer esto que hemos estado hablando, dar testimonio y ayudarnos a ir superando los prejuicios.
- Plantearnos si como ACO, además de informarnos, crear debate y ayudar a la reflexión (como ya estamos haciendo) no deberíamos tomar posturas más concretas y comprometidas con los distintos colectivos de inmigrantes existentes, con las asociaciones que trabajan en el tema, etc.

Grupo Llacuna

El valor de la cultura

Ver

14 Tamara es una niña de 8 años que asiste muy poco a la escuela. Ya lo hacía en preescolar, cuando no era obligatoria la escolarización, y continuó haciéndolo en primero. Ahora repite curso y sigue con la misma tónica.

Sus padres no reconocen los motivos reales de no llevarla a la escuela (enfermedades, dormirse...). Parece que hay desconfianza y poca valoración de la escuela, desorden organizativo, etc.; también dificultades prácticas, ya que se levantan pronto. Con el hermano mayor pasó lo mismo.

Conseguí que compraran los libros de texto y me pareció que este hecho era como un compromiso de venir regularmente. Pero a la semana siguiente no vino ningún día. Cuando viene, Tamara tiene dificultades de relación con los compañeros.

La asistente social del barrio exige a los padres la escolarización de los dos hijos a cambio de obtener ayudas económicas. A mí me produce desánimo el poco interés y la incapacidad de los padres para afrontar claramente la situación.

Juzgar

Lo que importa en primer lugar es Tamara. ¿Qué podemos hacer para que venga a la escuela? Ir a su casa, hablar con la asistente social y hacer una acción conjunta, ofrecer el servicio de acogida antes de empezar la escuela por si lo necesitan.

Hace un tiempo que estoy viviendo con un cierto desconcierto y falta de objetivos claros, y ello influye en la manera de afrontar esta situación. ¿Cómo vivir en momentos así? Esta experiencia personal me ayuda a entender la dificultad de organizarse la vida que tienen los padres y su necesidad de ayuda, y por tanto, me ayuda a aportar esta ayuda.

Como valores y contravalores:

- El valor de la socialización y de la cultura, especialmente para los más pobres. La cultura como elemento de transformación individual y colectiva, no una cultura neutra y sólo técnica.
- La dificultad de relación entre la escuela y algunas familias, especialmente las más pobres. La escuela las considera poco responsables y las familias nos ven como a extraños.
- La tentación de no sentirte responsable, de tirar la toalla.
- La importancia de los hechos y no las grandes intenciones y palabras: el pacto que está proponiendo la asistente social a la familia.

Actuar

- Acordar con la escuela y con la asistente visitar a la familia y afrontar bien el problema.
- Cada uno de los militantes del grupo, y haciendo referencia a su situación personal, se comprometían a procurar no estar tan programados,

porque esto impide dedicar el rato necesario para atender al otro; afrontar las situaciones de la vida, por incómodas que puedan ser, relaciones familiares, no cambiar de calle ante el pesado de turno, etc; hacer un seguimiento de la gente que está pasando dificultades, ser consecuente con la acción que se ha empezado, que no quede en un episodio de un solo día; tener conciencia de lo que necesita el otro, profundizar.

A las preguntas sobre la dimensión colectiva, no hemos respondido con precisión al cuestionario. Creemos que es necesaria, que hay que concienciar a la gente de ser solidarios y de hecho casi todos de una forma u otra estamos trabajando esta dimensión, a través de asociaciones de vecinos y vecinas, del trabajo, de ACO, de la parroquia, la familia, etc.

El movimiento ACO a través de los planes de curso, en los encuentros de la Jornada General, Semana Santa y formación, hacen reflexionar al grupo, y nos hacen sentir que no estamos solos, que formamos parte de un colectivo que nos acompaña, forma y apoya los valores positivos del evangelio siguiendo el ejemplo de Jesús, hecho importante para nosotros: es nuestro estilo de vida.

Grupo Poblenu II

Una vida dura y jodida

Mercedes es una compañera de trabajo de Roberto, el marido de una militante del equipo. El otro día eran las 10,30 de la noche y les llamé por teléfono. Todavía estaba trabajando.

Mercedes dice que prefiere estar trabajando que estar en casa. Tiene 43 años, pero parece mayor. Vive en el barrio de la Fortuna (Leganés). Su marido está en paro y tiene problemas con la bebida. Tiene tres hijos, uno de 20 años, otro de 18 y otro de un año. El hijo del medio está empezando a jugar con las drogas, de modo que cuando Roberto habló a Mercedes de la JOC, ésta quería que se pusieran en contacto con sus hijos.

Cuando habla de su marido, dice que sólo la quiere para que le planche las camisas y para la cama. Antes Mercedes limpiaba el bar de 7 a 10, o los sábados, pero hace poco le ofrecieron ayudar en la cocina del bar. A ella le preocupan las pelás, porque en casa entra poco dinero, pero... ¿qué pasa con el bebé?

La situación en casa es complicada. Ella prefiere trabajar allí. Se siente útil y es una vía de escape. El ambiente en el trabajo es bueno; hablan entre ellos y el jefe es poco “represor”.

Mercedes es muy cariñosa y acogedora con Roberto. Habla mucho y hasta se preocupa por una vecina suya que está enferma.

Vemos el trasfondo del hecho: ante una vida dura y jodida buscamos espacios donde sintamos amados y realizados.

Valores

- No puedo descubrir la felicidad sin estar con los demás.
- La escucha, la proximidad, el hecho de estar presentes en momentos de reflexión.
- Mi vida no está marcada ni por el rechazo ni por este tipo de situaciones.
- La sensibilidad a la hora de detectar este tipo de situaciones.
- Me encuentro bien con Mercedes, me dejo implicar y me mojo.

Contravalores

- Escucho, pero no acabo de acogerlo desde el corazón. Una cierta capacidad para “despistar”. No me dejo interpelar demasiado por los demás.
- Delegar en los demás la responsabilidad; excesivo respeto.
- Ir con las ideas preconcebidas. Voy con “orejeras”.
- Mi vida no está marcada por el rechazo ni por la proximidad a este tipo de situaciones.
- Poca oración y poca paciencia.
- No me fijo en si los demás se sienten bien conmigo.

Actuar

- Buscar espacios de parada par ir educándome; buscar espacios de acción y de encuentro con los demás.
- Acoger a Luis y a mis padres. Irme marcando pequeños compromisos.
- Rezar desde la vida y desde los demás.
- Estar atento a los africanos de clase (Cleto, Benedi y Amable); ofrecerme a salir algún domingo con ellos; ir descubriendo qué les preocupa.
- Acoger al otro, descubrir que Jesús está presente en él e irme haciendo consciente de cómo los demás me van marcando.
- Pasar por casa de Sheila. En el trabajo, tener presente la oración.
- Tener presentes en el equipo la acogida al otro, en todo aquello que nos planteemos hacer. Tenerlo presente en nuestros planes personales.
- ¿Cómo dar a conocer lo que hemos descubierto a los demás? ¿Al barrio? ¿A la parroquia?
- Buscar espacios de revisión del actuar.

El más pelma de los compañeros

Por la capacidad de identificación que provocaba, elegimos el hecho de Maria Josep, que trataba de las reacciones de rechazo que generaba uno de sus compañeros de trabajo, Jose. De esta persona se puede decir que hace una ostentación continuada de sus supuestas habilidades y excelencias personales y profesionales, que no para de explicar a todo el mundo que se cruza en su camino. Maria Josep lo define como “un creído y un pesado” que ha conseguido que “nadie del trabajo le aguante”.

A pesar de que no hace muchos meses que está en la empresa, Jose ha ido perdiendo todos y cada uno de los interlocutores que se ha ido buscando. La situación ha degenerado de tal modo que un grupo numeroso que almorzaba en el trabajo, ha preferido ir a almorzar fuera cada día -y pagarse la comida- antes que coincidir con él sentados en la misma mesa. Son muchos los ratos que Jose ha de pasar solo, pero no parece darse cuenta de este rechazo, o al menos no parece hacer nada para superarlo y entenderse mejor con sus compañeros. Nadie le ha comentado nada sobre esto, sino que se limitan a evitarle tanto como pueden y a hablar de él por detrás.

Maria Josep explica que ella también cree que esta persona “es un pelma” y que le carga el mal ambiente que crea en el trabajo, de modo que protagoniza gran parte de las conversaciones y de las burlas. Reconoce que ella no ha hecho nada para mejorar esta mala imagen, sino que más bien al contrario, la ha podido potenciar con algunos comentarios.

Lo cierto es que en estos momentos es una de las dos personas que consiente en compartir mesa con él a la hora de comer, a pesar de que la cansa mucho. Se debate entre esta mala conciencia y el hecho de considerar a este compañero como un caso perdido que ha de reaccionar por él mismo si es que esto le importa.

Valores y contravalores

Todos los integrantes del grupo hemos vivido situaciones parecidas a ésta, y comentamos lo que pasa con el niño que recibe la crueldad de los demás niños de la clase, en la escuela, con las personas débiles que sufren el asedio moral de sus jefes, o con la compañera de trabajo *agobiada* que transmite sus nervios a los demás.

Estos problemas nacen de contravalores como la incomunicación, el prejuicio y la insolidaridad con los demás, de los cuales a menudo sabemos que han pasado por situaciones que les han hecho diferentes. En el caso del

hecho expuesto, resultaba evidente para todos que Jose tenía problemas de autoestima que se podían comprender por su historial familiar, y que este afán de notoriedad y de ser reconocido intentaban compensar un complejo de inferioridad.

Contra estos factores negativos en el hecho expuesto vemos igualmente, de forma opuesta, los valores que lo han llevado a ser revisado. El deseo de no contribuir a aislar más a aquellos que han sido segregados, de no desentendernos de ellos, incluso la voluntad de dejarse *tocar* por las personas en aquello que todas tienen de valioso, aunque cueste encontrarlo.

A la hora del Juzgar, nos acompañó el encuentro de Jesús con la samaritana (Jn 4, 1-30). En este fragmento del evangelio, y contra el prejuicio general de su época, Jesús habla con una persona de Samaria, una circunstancia mal vista en aquél tiempo, y, además, mujer.

Nosotros, vimos en el grupo, no somos clarividentes como Jesús, pero sí que podemos intentar tener una mirada parecida a la suya. En este caso se trata de que la primera mirada que dirigimos a las personas sea de afecto, más allá de prejuicios y opiniones colectivas. Hemos de intentar ejercitar esta mirada y traspasar las pantallas que esconden a la persona, con sus circunstancias reales.

Actuar

En el caso de Jose, como en el de otros parecidos que expusieron los integrantes del grupo, no hay recetas infalibles, pero sí algunas líneas de acción que pueden ser útiles de acuerdo con la experiencia de todos.

En primer lugar, desde del punto de vista colectivo, lo más coherente es que no participemos en acrecentar el aislamiento de estas personas con nuestros comentarios. Todos hemos comprobado que fácil es despotricar y decir tonterías amparados por el grupo.

Desde el momento en que nos esforzamos por mirar al otro desde el amor de Jesús, será más fácil hablar con todo el mundo sin tensiones. Hay muchas opciones que pueden ayudar a la persona aislada a darse cuenta de su situación y a hacerla reaccionar. Se trata de actuar para intentar cambiar la realidad, no de perpetuar con nuestra acción lo que ya está pasando.

En el caso de Jose, parece que nadie le ha dicho en la cara qué pasa con él. Quizás un poco de contundencia sea buena si se refiere a cuestiones concretas sobre las que el aludido pueda reflexionar. O, si no nos atrevemos, podemos intentar hacer lo mismo, pero con sentido del humor, diciendo las cosas claras y sin traumas.

Luchar contra la subcontratación

Breve descripción del hecho escogido

Inmigrante que trabaja en una empresa subcontratada por Nissan. Estar en una empresa subcontratada implica:

- Horario precario: estar a la disposición total de la empresa y hacer muchas horas extras para obtener un mejor sueldo.
- No tiene representación sindical, aunque esta persona tenga interés en tenerla.
- Son hombres “todo terreno”, sin una especialidad profesional, que tanto limpia como repara una máquina...

No se respetan los derechos humanos, no hay dignidad humana, las personas tienen la categoría de “mercancías”.

Valores

- Como integrante de un sindicato, luchar por unas condiciones laborales dignas para todos, incluyendo a los subcontratados.
- Capacidad de crítica, no “pasar” del otro.
- Acercarse al otro como persona, mostrar interés, ganas de conocer sus problemas.
- Aunque se quiera ayudar a estos subcontratados, hay una imposibilidad de hacerlo porque cuando entran a trabajar ya saben que sus condiciones son inferiores al resto de trabajadores.
- Son valores que se alimentan y crecen por el hecho de estar en movimientos como ACO y sindicatos.

Contravalores

- Pasotismo de algunos compañeros de la empresa de Nissan en relación a los subcontratados: “ya se lo montarán”.
- La división de la clase obrera entre trabajadores de primera y de segunda categoría.
- Sensación de impotencia, de que no se pueden cambiar las cosas.
- Pérdida de derechos de la clase obrera.
- Convicción de que la unión obrera no lleva a nada.
- Influencia negativa de los medios de comunicación a las personas: manipulación mediática, bombardeo para que nos preocupemos por cuestiones como la estética, tener muchas cosas,... en lugar de dar una visión del sufrimiento de la gente que está viviendo en situación de miseria.

20 - Se observa que cuestiones como el fútbol mueven más a las masas que

- otras de orden político o social.
- Desencanto de personas antes luchadoras, desengaño político...
 - Una precariedad de este tipo condiciona el proyecto de familia.

Actuar

Más que cambiar, consideramos que hay que mantener y potenciar situaciones que ya se tienen. Como acción concreta:

- Hablar con estas personas contratadas, para que puedan explicar sus problemas, sus cosas y poder descubrirlas, amarlas y comprenderlas.
- Nos resulta difícil descubrir esta dimensión colectiva por la falta de solidaridad que hay en nuestra sociedad, donde priman el individualismo, el egocentrismo y el bienestar personal.
- Habría que promover acciones colectivas como asambleas de trabajadores donde estos subcontratados puedan dar su opinión y facilitar que el sindicato de Nissan pudiera hacerse eco de su problemática.
- El movimiento nos puede ayudar con cursillos de formación sobre temas legales como cuestiones laborales, tipos de contrato, etc.
- Debemos dejarnos interpelar por la fe día a día, haciendo actual el evangelio y haciéndolo presente en todas nuestras cuestiones cotidianas.
- Creyendo en las personas y descubriéndolas con todos sus valores, carencias y con toda su dignidad.

Grupo Esclat

Educar a los hijos en la acogida: una tarea nada fácil

Una niña de 12 años se ha incorporado al segundo trimestre en la clase donde van las hijas de tres miembros del grupo. Se ha hecho amiga de ellas porque ya las conocía del verano, en que coincidieron en las colonias con el esplai. La madre acababa de morir por sobredosis y ahora la niña parece haber estado tres meses ingresada haciendo una cura de desintoxicación. Actualmente vive en un hogar de acogida. Nos planteamos cómo hay que educar a los hijos para que acojan, cómo lo vivimos los padres, qué prevenciones tenemos...

Juzgar

En general se tiende a marginar al que es distinto. Habitualmente sólo la gente de iglesia tiene una actitud más acogedora. Creemos que nuestros hijos se han de relacionar con todo el mundo. Un miembro del grupo, que

tiene hijas adoptadas, cree que conoce lo que supone un abandono y es más sensible al tema, a la vez que se da cuenta de que sus hijas tienen una afinidad fuerte con los marginados de toda clase. Vivir ciertos problemas personalmente nos ayuda a entenderlos más.

A padres y madres nos preocupa cómo educamos a los hijos en la acogida; sin embargo, también creemos que hay que prevenirles ante costumbres, relaciones o actuaciones que puede tener su compañera de clase y que nosotros valoramos negativamente. Es aprender a distinguir que hay cosas buenas y malas, no gente buena o mala. A los adultos nos asustan mucho ciertos temas (droga, delincuencia...) cuando pueden estar en contacto con nuestros hijos, pero hay que saber aproximarse a las personas. También nos damos cuenta de que los niños lo viven de forma diferente, con más naturalidad (lo bueno y lo malo).

No es fácil: a menudo hemos experimentado que los marginados, los inmigrantes, los diferentes nos complican la vida en la escuela, en el barrio, en la escalera. En parte los acogemos porque estamos educados así, porque hacemos un esfuerzo para no discriminar a nadie, pero en nuestro interior hay mecanismos de rechazo, mantenemos miedos y prejuicios, es difícil llegar al nivel de confianza y de amistad... Alguien del grupo comenta que, profesionalmente, se siente atraída por los casos difíciles, pero que, como madre, sufre más según con quién van sus hijos. Nos falta, a todos, un conocimiento más profundo y personal.

Leyendo la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32) y a raíz de la pregunta: «¿por qué un hijo se marcha y otro no?», nos preguntamos por qué una niña de 12 años ha tenido que pasar por todo esto. Vemos que se nos relativiza el tema del pecado, de la culpa. Y explica más el amor del padre. A menudo nos sentimos más como el hermano mayor, que no acepta que el hermano pequeño es diferente a él, que le cuesta ver que su recompensa es que nunca le ha faltado el amor del padre. Nos hace descubrir que recibimos más de lo que damos. Sólo necesitamos cambiar un poco el punto de vista.

Actuar

Transmitir a nuestros hijos el valor de acoger, perdiendo el miedo al otro, a la diferencia. Valorar con ellos todo lo que tenemos, vivir con responsabilidad esta situación de cierto privilegio. En algunos momentos es importante participar en actos colectivos de reivindicación de un mundo más justo. Ir a una manifestación puede ser otra forma de *manifestar* ante

Amor, buen humor, esperanza y ternura

Ver

Un miembro del grupo tiene una persona querida que se encuentra en un proceso de desintoxicación por drogodependencia. Este es un proceso largo en que se pueden observar pasos hacia adelante y pasos hacia atrás.

Esta persona, como un paso más de su recuperación, empezó a trabajar, pero al cabo de un tiempo tuvo que “pagar” con la “Justicia” por unos asuntos del pasado que quedaban pendientes. Evidentemente el proceso de reinserción quedó interrumpido, ya que perdió el trabajo.

En este “retiro” forzado, la persona querida manifestaba a nuestro militante que cuando saliera se esforzaría por estudiar, aprender un oficio, etc. Pero lo cierto es que cuando salió, le faltaron las fuerzas para hacerlo. No podía, o no sabía, cumplir aquellos deseos que había expresado. Estaba, y continúa estando, en tratamiento de metadona. Por tanto, tenemos un proceso de reinserción en peligro de perderse. Una persona de más de 30 años que no acaba de salir del túnel.

Juzgar

- Jesús carga con el sufrimiento y las enfermedades, no tan sólo con el pecado (Isaías 53, 1-12; Mt 8, 14-17).
- Desarrollar un espíritu de sabiduría y de serenidad (Proverbios 15, 1 hasta el final).

Valores

- Al acoger a estas personas desde su propia autoestima, se revela en nosotros nuestra vertiente sensible y social.
- Acogemos al diferente para que crezca. Pero, ¿y si no crece?
- Acoger no quiere decir arreglarle los problemas que pueda tener. Quiere decir darle todo el protagonismo posible a él y a su vida. Ayudarlo a aprender a ser autónomo.
- Las personas “diferentes” ponen el sistema en cuestión.
- Descubrir la posibilidad de hacer algo para los demás a partir de la capacidad de amar y resaltando los aspectos positivos que tenemos todas las personas. Incluso las “diferentes”.
- Es una gracia de Dios que podamos asumir la diferencia del otro.
- He de saber descubrir lo que es un mal para él, y preguntarme cómo

puedo ayudarle a superar este su mal. No puedo actuar sobre la base de qué es lo que me hace daño a mí.

Contravalores

- Actitudes personales en que no estamos en disposición para captar lo que hay de positivo de la persona diferente. En el orden social los “diferentes” generan rechazo, miramos hacia otro lado.
- La sociedad no practica una reinserción real, sino que se han creado unas estructuras para aparcar a los “diferentes”, para que no molesten.
- Desde la sociedad no se trabaja para reconstruir a las personas desde la raíz.
- En un mundo falsamente estructurado, la persona desestructurada sufre y hace sufrir.
- La sociedad no pone todos los medios posibles para ayudar a una integración positiva del “diferente”. Dificultades diversas a la hora de buscar una vivienda digna y asequible; en relación al mundo del trabajo, etc.
- Normalmente, las personas sometidas a estas situaciones no son conscientes de su diferencia y situación de marginalidad.
- A veces algunos contravalores pueden verse como un acto de defensa. Pero en el fondo son un rechazo malicioso.
- Cuando la persona que amamos no cambia, ¿cómo lo aceptamos?

Actuar

- Nuestro actuar vendrá definido por cómo acogemos. La acogida desde la militancia y el compromiso se ha de hacer con amor, buen humor, esperanza y ternura.
- Hemos de ser acogedores confiando en el otro. Partiendo de una firme voluntad de no aceptar que el “diferente” NO tiene salida.
- Ahora bien, nosotros NO somos responsables de la “conversión” del otro. Somos responsables del esfuerzo de lo que damos, de cómo acogemos. Aceptamos que la diferencia continúe. Hay que saber esperar, tener fe y paciencia, confiar en los demás.
- Nosotros, militantes, hemos de definir qué relación-acción tenemos con las personas que presentan carencias. Para que con nuestra capacidad de fe y de esperanza podamos buscar la parte sana de las personas.
- Hemos de DISCERNIR lo que está bien de lo que está mal. Hemos de CONTEMPLAR para poder actuar.

Grupo Sant Genís